

Capítulo XXX.

Arcanos del destino.

Quibiam estaba regenerado.

La negra melancolía que se había apoderado de su espíritu, había desaparecido por completo de su alma.

Los oscuros horizontes que formaban los límites de su vida, se habían tornado en risueños paisajes, iluminados por sonrosada luz.

Parecía despertarse de un sueño profundo y admirar por la primera vez de su vida la belleza de cuanto le rodeaba.

El cielo, el aire, las campiñas, las verdes crestas de las montañas, los límpidos arroyos que serpenteaban por las llanuras, el murmullo del torrente que se desprendía á lo lejos entre brillantes rocas, el canto

CRISTÓBAL COLON.

237

de los pájaros: todo parecía nuevo á Quibiam, todo le sorprendía, todo le embelesaba, y es que por la primera vez de su vida había sentido el amor en su pecho.

Antes que el amor que nos inspira la mujer cuyos ojos nos brindan la felicidad, había saboreado el rey de Veragoa los goces de la tierra, y despues de los triunfos, aunque había unido su corazón al de Irayba, aunque había experimentado la dulce satisfacción de deberle dos hijos, aún no había gustado su alma las delicias de la pasión.

La tristeza que experimentaba era hija de un deseo que no podía explicarse, de un vago afán que nada calmaba, de una sed devoradora que no podía apagar más que un solo manantial: el del amor.

Una sola mirada de Lianata había bastado para iluminar con un rayo vivificante las tinieblas de su espíritu.

Los negros y melancólicos ojos de la india, las trenzas de su cabello de ébano, el color de perla de su cutis, en una palabra, los seductores hechizos de Lianata, habían acercado á sus labios la copa del placer, y dueño de ella, seguro de que podría apurarla, quería saborear aquella dicha que le embriagaba.

Una mirada de fuego hizo bajar los ojos á la casta joven.

—Ven, Lianata,—dijo Quibiam;—ven, vida de mi vida, tú no debes separarte de mí. Cuando te veo todo me sonríe. La sola idea de tu ausencia me llena de pesar.

Ven, luz de mis ojos, flor que concentra en su cáliz el aroma de todas las flores, que ostenta en sus ojos las chispas de brillantez, los rayos del sol, la tibia claridad de la luna, no te apartes de mí. Que yo escuche tu voz, que respire el perfume de tus cabellos, que me embriague con tus dulces miradas.

Lianata experimentaba una emoción desconocida.

Su corazón latía con violencia.

Cada latido aumentaba el fuego en la sangre que circulaba por sus venas.

Pero este dolor brindó á su alma un goce parecido al del éxtasis.

Quibiam imprimió un beso en la frente de la hermosa india.

Lianata se escapó de entre sus manos como gacela.

En esto llegaron los caciques á saludar á su soberano.

La alegría que brillaba en su rostro se comunicó á su corazón.

—¡Benditas sean las playas de Ornofay!—exclamó el gran butio, sacerdote del tzimes tutelar del rey de Veragoa.

¡Benditas sean las gallardas palmeras, que parecen recoger las plegarias de los hombres para elevarlas al cielo!

¡Bendito el melancólico sinsonte, que desde las frondosas copas de los árboles entona con su harpada lengua cánticos de alabanza al Hacedor de todo lo criado!

¡Bendita, en fin, Lianata, que con su dulce mirada, su acento celestial y sobrenatural hermosura, ha devuelto la alegría á su poderoso é infortunado rey!

Quibiam acogió aquella leal manifestación con las mayores muestras de regocijo, y durante el día todo fué fiestas en el palacio del gran cacique de Ornofay.

Trascurrieron algunos días, los más dichosos que había pasado en su vida Quibiam.

Lianata correspondía á su amor.

Nadie podía arrebatárle la felicidad.

Los caciques, ébrios de gozo, rendían culto á sus tizmes, en acción de gracias por haber alejado la melancolía del alma de Quibiam.

Un día llamó Caimara el viejo, padre de Caimara el cacique, al rey de Veragoa.

La tristeza que éste había abandonado, parecía haber ido á refugiarse en el corazón del respetable anciano.

Su aspecto conmovió á Quibiam.

—Te asombra mi tristeza,—le dijo.

—Sí por cierto,—repuso Quibiam.—¿No eres el padre feliz de Caimara y de Lianata? ¿No adoran tus antiguos vasallos á tus hijos? ¿No los inspiras tu veneración y respeto?

—Es verdad; pero estas felicidades no bastan para aliviar el tormento que sufro desde que he descubierto un secreto terrible que voy á confiarte.

—¿Tan espantoso es?

—Sí, espantoso; tú lo has dicho. Apenas rasgué el

velo que lo cubría, la desesperación se apoderó de mi alma y abandoné mi trono, y lo dejé á mi hijo para poder ocultarme en el seno de las montañas, y no arrebatar á mis hijos, á mis vasallos, con la revelación, la ventura de que gozan.

—Habla, hermano, habla,—dijo Quibiam con ansiedad.

—Treinta lunas han pasado desde que ví por la primera vez acercarse á la costa de Ornofay unas grandes canoas, mucho mayores que las nuestras y de distinta forma, y al divisarlas desde lejos no me asombré, porque sé que tú eres rey de la tierra, y pensé que luchando con algunos enemigos te habrías apoderado de las embarcaciones al someterlos á tu voluntad.

Subí á la más elevada montaña de mi territorio, y desde allí observé. Al poco tiempo ví arrojar desde los barcos al mar otras canoas mucho más pequeñas, bajar á los hombres que las tripulaban y dirigirse á la playa.

Aquellos hombres eran más blancos que la flor del coco, robustos como cedros, duros como rocas. Iban cubiertos con trajes relucientes, y llevaban armas que nunca había visto. Horrorizados los habitantes de la costa, corrieron á refugiarse en las montañas.

Aquellos hombres eran dueños del rayo y del trueno.

Yo también me oculté entre las rocas; pero los extranjeros llegaron á la orilla y no hicieron daño al-

guno á los vasallos míos que no pudieron escaparse. Bajo los árboles que crecían en la orilla levantaron un altar, é hincando la rodilla en tierra y elevando las manos al cielo, permanecieron largo tiempo rindiendo culto á su Dios. Yo me informé de lo que hacían, y más tranquilo, me dije:

«Tienen un Dios, no hay que temer; vayamos á su encuentro, porque todos los que aman á Dios son nuestros hermanos.»

—¿Y te acercaste á ellos?—preguntó Quibiam con ansiedad.

—Sí, me acerqué con algunos de mis caciques, y saludando al jefe de los extranjeros, le dije:

«Salud y paz; grande debe ser tu poder, toda vez que al llegar á mis estados has inundado de terror á todos sus moradores. Para que sepas quiénes somos y aceptes nuestra amistad, te confiaré nuestras creencias para que te sirvan de guía y obres de acuerdo con nosotros.»

Caimara repitió á Quibiam las palabras que, como recordarán nuestros lectores, pronunció en presencia de Colón, asombrándose éste por la moral que contenían.

—¿Y qué te respondió el cacique de los extranjeros?—preguntó Quibiam.

—Estrechó mi mano y anunció que venía á mis estados en nombre de sus reyes, poderosos señores de la tierra, los cuales deseaban conocer nuestras comarcas, siendo nuestros amigos y enviándonos sus guerreros para librarnos de los caribes.

—Al escucharle,—prosiguió Caimara,—experimenté una inmensa alegría, y les brindé mi amistad y les ofrecí todo cuanto tenía.

Si no me hubiera detenido Lianata, hubiera ido con ellos á visitar á sus reyes.

Se separaron de mí, volvieron á sus grandes barcos, se apartaron de la costa, y yo, deseando saber qué influencia ejercerian en mi vida aquellos hombres, en medio del silencio de la noche bajé á la caverna de mi tzimes tutelar, é imploré su gracia para que recorriera á mis ojos el velo del porvenir.

Quibiam escuchaba con creciente interés la relación de Caimara.

—Apenas toqué con mis manos la piedra sagrada en donde reposaba el tzimes,—prosiguió,—oí una voz lastimosa, que repitió tres veces esta terrible frase:

«Tu tribu será pasada á degüello por la espada de esos extranjeros que han bendecido á su Dios en la tierra de tus antepasados.

»Prepárate á morir en medio de horribles tormentos, y no olvides que el ídolo de tu corazón, que tu hermosa Lianata, perecerá en las ondas que bañan la orilla de Ornofay.»

Quibiam no pudo ménos de exhalar un profundo gemido.

En aquel momentó resonó una voz.

—Padre, padre,—dijo Lianata, entrando en la caverna en donde conversaban el autor de sus días y Quibiam.

Caimara hizo á Quibiam una señal para que ocul-

tase á su hija lo que acababa de oír, para que dominase la emoción de que se hallaba poseído.

Pero aquella señal fué inútil.

Como siempre, la presencia de la jóven india habia devuelto la alegría al corazón del rey de Veragoa.

Capítulo XXV